

ROCÍO MAÑANA BOUZÓN

TU JARDÍN CON ENANITOS

1

TU JARDÍN CON ENANITOS

ROCÍO MAÑANA BOUZÓN

Título: Tu jardín con enanitos
© 2024, Rocío Mañana Bouzón.
De la cubierta y maquetación: 2023, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Cenizas en la eternidad

Este proyecto lleva mucho tiempo en mi cabeza, más del que estoy dispuesta a admitir. No sé cuándo explotó la idea en mi mente, si fue un día en mi casa, en el coche o en un concierto, pero sentía que tenía que hacerlo, hacer algo que fuese mío, de Él y de todos los guerreros. Pero ¿cómo plasmarlo? No podía hacer simplemente un libro con la historia de sus canciones, un *fan fiction* o un libro dedicado a él sin más. Tenía que buscar la manera de que todo encajase, pero a la vez fuese independiente, que fuese para los de siempre, pero también para los que llegaron en la nueva época. Y una noche, ¡Pum! La idea surgió en mi cabeza. ¿Por qué no hacer historias mensuales, hiladas, pero que se puedan leer independientes? Nada más tuve la idea, le escribí a Roma, ella siempre sabe dar en la tecla para que todo fluya. Le conté mi idea, le pareció interesante y al momento se puso a hacerme trece portadas (las de las historias independientes y la del libro). Así nació lo conocido como #Proyecto12Meses (sin doce causas) y este libro que viene *Sin noticias de Holanda*, pero con mucha historia y cuidado, ¡que nos crecen los enanos!

Espero que disfrutéis de estas historias que no tiene más pretensión que la de entretener.

Tu jardín con enanitos

*Quiero ser tu medicina,
tus silencios y tus gritos
Tu ladrón, tu policía,
tu jardín con enanitos
Quiero ser la escoba que
en tu vida barra la tristeza
Quiero ser tu incertidumbre
y sobre todo tu certeza*

Me despierto sobresaltada, de nuevo el mismo sueño. Llevo tantos años reviviendo la misma pesadilla, que ya no sé si en su momento fue real.

Estoy sentada con mi madre al lado, en la carpa de un pequeño circo, en la tercera fila de un total de diez. Acabamos de vislumbrar una enorme anaconda dentro de un terrario, siento como sus ojos se clavan en mí, a la vez que una mujer con poca ropa y exceso de maquillaje nos pregunta si queremos tocarla. Nadie contesta, pero ella la saca, poniéndola sobre sus hombros, y siento que la serpiente no deja de observarme; se me hiela la sangre. Entonces la mujer se la quita de encima y, con toda la fuerza que es capaz, lanza al inmenso animal contra el público, produciendo una auténtica estampida, al nivel de la que terminó con la vida de Mufasa. Siento como una mano agarra la mía y tira de mí hacia el exterior. Es un niño, un poco mayor que yo. Su mirada es intensa, tiene el pelo rubio a la taza, la tez blanca repleta de pecas como la mía y los ojos verdes. De repente se marcha, dejándome sola, no dejo de oír gritos y veo como la carpa se cae encima de mí. En ese momento, despierto.

Tengo un cuarto de siglo encima y sigo sin ser capaz de entrar en un terrario, se me pone la piel de gallina solo de imaginar decenas de ojos observándome, mientras se arrastran dentro de su jaula de cristal. La pesadilla siempre es la misma, aunque a veces el niño de las pecas tiene los ojos como los de una serpiente y, en esas ocasiones, despierto mucho antes.

—Tía, viene un circo a la ciudad.

—No pienso ir.

—¿Otra vez con tus tonterías? —suelta mi amiga—. No tienes que preocuparte, no tiene animales, desde que pusieron la ley de protección animal todos los espectáculos son con acróbatas, enanos y cosas por el estilo. No habrá un domador de leones y mucho menos, uno de serpientes.

—¡Qué no voy a ir, no insistas! Tiene carpa, ¿verdad? Pues ya está.

—Creo que te vendría bien —comenta Rebeca—. El otro día en clase aprendimos que es muy importante para superar un trauma enfrentarse a él.

—No pienso hacerlo —respondo bajito, pues pienso que Rebeca puede tener algo de razón, al fin y al cabo está en el tercer año de psicología.

—Hemos estudiado a un psiquiatra que utilizaba la hipnosis para hacer regresar a sus pacientes a vidas pasadas, conocer el motivo de su trauma y que así puedan superarlo.

—Pero yo ya conozco el motivo...

—Pues solo te queda superarlo —añade Amaia.

—Vale, iré con vosotras, pero como haya un solo animal, aunque sea una cucaracha, no os lo perdonaré jamás.

—No seas exagerada, todo saldrá bien —indica Amaia.

Compramos las entradas en el mismo circo, tras hacer una pequeña cola, parece que no va a haber un gran público y eso me alegra, porque en caso de una estampida, la salida será más sencilla.

Entramos y nos sentamos en unos asientos en el centro. Tenemos tanto gente por encima como por debajo, lo que consigue que me ponga un poco más nerviosa, pero no digo nada. Observo a mis amigas sonreír y las luces de la zona de butacas comienzan a apagarse, quedando solo iluminado el centro de la pista, donde salen un chico y una chica con una ropa ajustada y comienza a sonar una música. Cada uno está en una esquina y comienzan a bailar en solitario, acercándose poco a poco, hasta que están tan cerca que el chico agarra la cintura de la joven y la sube por encima de su cabeza, girando al mismo tiempo. Es un espectáculo alucinante y me quedo embelesada viéndolos bailar. Acaban y entonces es un grupo de unas diez personas los que salen a la pista y hacen un número en el aire con la ayuda de cuerdas; es impresionante.

Cuando termina el espectáculo, estoy tan sorprendida de como me encuentro que quiero acercarme a los artistas para mostrarles mi agradecimiento. Me acompañan mis amigas y vemos salir al chico del primer baile. Me acerco a él para darle mi enhorabuena y me quedo paralizada en cuanto nuestras miradas se cruzan, podría reconocer esa mirada en cualquier lugar, no tengo ninguna duda de que es él, el chico que lleva acompañándome en mis pesadillas desde niña.



Él parece igual de sorprendido que yo. ¿Es posible que todo fuese real en su momento? ¿Que el niño de mis pesadillas sea real? ¿Soñará él también conmigo?

—Yo te conozco —dice señalándome.

—No creo —miento.

—Sí, eres la niña que aparece en la mayoría de mis sueños.

Mis amigas, tras escuchar esa frase, no pueden evitar reírse y contestar en mi lugar.

—Un poco zalamero tú, ¿no?

—No me entendéis, pero sé que ella sí —responde sin quitarme la vista de encima.

—Chicas, ¿podéis dejarnos solos un momento?

—Pero, pero... —tartamudea Amaia mientras Rebeca tira de ella.

Estamos en silencio durante unos minutos, sin dejar de mirarnos, esperando que uno de los dos se anime a hablar.

—Entonces, ¿fue real? —pregunto, esperando que él sepa a qué me refiero.

—¿El qué?

—Nada, déjalo, es una tontería... Debería irme con mis amigas, no quiero preocuparles.

Le doy la espalda con la intención de marcharme, pero escuchar su voz me paraliza.

—¿Cómo te llamas?

—Maca, quiero decir, Macarena —respondo al girarme.

—No me suena tu nombre, pero tu cara me suena tanto, esa mirada... la reconocería en cualquier lugar.

—Yo también siento eso al mirar tus ojos, ¿de qué nos conocemos?

—De un recuerdo tan lejano, que no sabemos si es un sueño o realidad.

—Exacto —digo sin poder apartar mi mirada de la suya—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Soy Ángel, llevo toda la vida viviendo de circo en circo. Primero acompañaba a mis padres, también acróbatas, y ahora trabajo en este, pero ellos ya se han retirado, no es un trabajo que se pueda mantener en el tiempo.

—¿Estabas en el circo de las serpientes?

—¿El circo de las serpientes? ¿Qué es eso? Sí, he estado en circos donde había serpientes, pero es algo habitual en muchos, no sé a qué te refieres.

Sin saber muy bien el motivo, siento que puedo confiar en él, así que me dispongo a contarle lo que me lleva persiguiendo toda mi vida.

—Hay una pesadilla que se repite cada cierto tiempo en mi mente, está relacionada con un circo y un enorme réptil. A veces el sueño termina ahí, pero otras hay un niño algo mayor que yo que me salva, y ese chico parece una versión infantil de ti.

—La avalancha de personas... Sí, lo recuerdo, tú eres la niña de las pecas, tenías cara de terror cuando te vi, por eso no dudé en brindarte mi ayuda para sacarte de allí, me necesitabas.

—Sí... —digo en apenas un susurro.

Él nota la tristeza en mi voz y se acerca hasta que puede acariciar mi rostro con su mano. Siento un hormigueo en mi mejilla, pero no quiero que se aparte, sin saber muy bien por qué, su tacto me reconforta.

—Quédate conmigo, no quiero que nos separemos —pronuncia mirándome fijamente a los ojos.

—No puedo, mis amigas me están esperando.

—Entiendo —dice con un hilo de voz—. ¿Podemos vernos mañana? Estaremos aún una semana más aquí. Ahora que nos hemos encontrado, no podemos volver a separarnos así.

—Puede... Tengo que pensar. Sé dónde encontrarte.

Y me voy, sin poder evitar que algo aflore en mi interior, siento como un cosquilleo en el pecho, ¿nervios? ¿enamoramiento? No, eso no puede ser, tiene que ser la emoción de haber descubierto el porqué de algo que me lleva atormentando tanto tiempo.



—¿Estás segura de lo que dices? —Asiento y Amaia, con los ojos como platos por la sorpresa, prosigue—. Así que todo era verdad, el niño de tus sueños existe y lo has encontrado, ¿no te parece alucinante?

—Supongo, aún no tengo claro qué es lo que siento. ¿Tú qué piensas, Becka?

—Tienes que indagar más en lo de tu pesadilla y quizás ese chico pueda ayudarte,

deberías quedar con él.

—¿No os parece arriesgado? Es un desconocido.

—Tampoco es que vaya a secuestrarte y llevarte con él al circo... o quizá sí. Tienes que enviarnos la ubicación real para que te tengamos localizada en todo momento.

—Entonces está decidido. —Mis amigas asienten a la vez—. Tengo demasiadas preguntas que hacerle...



Estoy en el mismo sitio donde hablé con él la tarde anterior. Parece que la función no ha terminado, por lo que me decido a esperar aquí a que lo haga y así poder hablar con él. No sé qué me pasa, estoy nerviosa y esas cosquillas en el pecho, todavía no se han marchado, llevan ahí desde que nuestros ojos se cruzaron, ya me parece hasta incómodo.

—Has venido —dice una voz sorprendida a mi espalda. Me giro y lo veo sonriendo.

—Sí, tengo muchas preguntas.

—No sé si podré responderlas, era solo un niño la primera vez que nos vimos.

—Igual entre los dos damos con la pieza que falta en este puzzle.

Me indica que lo acompañe a su casa, una caravana que parece haber vivido tiempos mejores, donde hay lo indispensable para vivir. Nos sentamos en una especie de comedor, estamos cada uno a un lado de la mesa, pero el espacio es tan ínfimo que nuestras rodillas se tocan. No sé por qué eso no hace que me sienta incómoda.

—Dispara.

—Llevo mucho tiempo pensando que todo aquello era obra de una pesadilla, de la imaginación de una pequeña niña que quizá algún día vio en la televisión algo que no debía haber visto, pero ayer, al cruzarme con tu mirada, me di cuenta de que era real, ese día existió. Tú eres real.

—Lo soy. La chica de ese espectáculo, la domadora de serpientes, llevaba poco tiempo en el circo. Estaba obsesionada con que las serpientes le hablaban, pero todos pensaban que era parte de su papel y no le dieron mayor importancia. El día del incidente, era su primera actuación con público, nadie se esperaba que cogiese la anaconda y la tirase de esa manera sobre el público, pero lo hizo y el terror creó una auténtica avalancha, como la de Mufasa. Yo estaba viendo el espectáculo desde detrás del telón, como siempre. Te había visto en las primeras filas, tenías una cara entre fascinación y terror mientras ella jugaba con el reptil, y entonces pasó todo, fue tan rápido que solo fui capaz de salir corriendo y ayudarte. Te quedaste inmóvil en medio de todo el caos, temí por tu vida, eras solo una pequeña niña llena de constelaciones. —Siento como ese cosquilleo aumenta conforme relata lo ocurrido—. Cuando vi que estabas a salvo fuera de la

carpa, me alejé y te dejé allí sola esperando que tu madre no tardase mucho en aparecer.

—Tengo como pequeños *flashes* de lo ocurrido aquella tarde, pero siempre he visto tu mirada como un lugar seguro. Me salvaste la vida.

—Hice lo que me salió de dentro, no pensé en las consecuencias, solo quería protegerte.

—Pero arriesgaste tu vida y ni me conocías —digo mientras muerdo un mechón de mi pelo, siempre que estoy nerviosa lo hago.

—Sé que estás nerviosa, esa misma tarde hacías eso —indica, sacándome el mechón de entre los dientes—. No tienes que sentir miedo, llevo mucho tiempo preguntándome si eras real, si te volvería a ver.

—¿Vives solo aquí? —pregunto intentando cambiar de tema.

—No, vivo con mi madre y con Kathy.

—¿Kathy? —cuestiono con temor.

—Sí, es la chica con la que hago el espectáculo. Es como mi hermana, mi madre la adoptó cuando mi padre y los suyos murieron en un accidente, nos hemos criado juntos. ¿Te has puesto celosa? —pregunta curioso, y noto como me suben los colores.

—No, claro que no, si ni siquiera te conozco.

—Llevamos toda la vida soñando el uno con el otro, pues claro que nos conocemos.

—No creo que aparecer en mis pesadillas sea un buen comienzo.

—Cualquiera lo es, solo hace falta cambiar los recuerdos, crear nuevos y bonitos.

—¿Y cómo haremos eso?

—Viviendo esta semana intensamente.



Siento que es una locura, una puta locura, pero quiero hacerlo tanto que ni siquiera se lo cuento a mis amigas por si me hacen cambiar de idea.

Quedamos entre espectáculos, afortunadamente esta semana estoy de vacaciones y puedo quedar a cualquier hora. Hay algo en ese chico que me da paz y a la vez me pone histérica, ¿cómo es posible? Tengo el pulso tan acelerado que por momentos siento que voy a morir, que mi último latido está muy cerca. Intento relajarme y no es sencillo, tanto que cuando lo veo y nuestras miradas se entrelazan, siento que mi corazón se salta un latido. ¿Estar así es bueno para la salud? Si estoy peor que si hubiese corrido una maratón.

—Gracias por venir —dice en cuanto está frente a mí.

—Creo que estoy jugando con mi salud al hacer esto.

—¿Nerviosa?

—Atacada —digo, cogiendo su mano y posándola sobre mi pecho.

—Te va el corazón más rápido que a mí cuando tengo que hacer piruetas en el aire —dice divertido.

—No tiene gracia, igual nuestra primera cita tiene que ser en el hospital.

—¿Lo has llamado cita?
—Sí... no, claro, ¿cómo lo llamarías tú?
—Encuentro fortuito entre dos almas destinadas a encontrarse. —Me río.
—Claro, tu manera de nombrarlo tiene mucho más sentido.
—Lo tiene todo si he conseguido que te rías, y tu corazón ya va más lento —contesta separando su mano de mi pecho.

Nos vamos a sentar a un banco cercano y nos quedamos callados, no es un silencio incómodo, pero aún así me impaciento.

—¿Y qué ha sido de tu vida todos estos años?
—Nada interesante. Trabajar, algún amor... poca cosa. La vida en el circo no da para mucho.

—¿Siempre trabajas?
—Casi siempre. Cuando no tenemos actuaciones, tenemos ensayos, así que mi vida básicamente es hacer lo que me viste hacer el otro día, con público o sin él , esa es la única diferencia. ¿Y a ti cómo te ha tratado la vida?

—Bien, supongo. Tengo dos amigas que me quieren mucho, todavía vivo con mi madre y estudié bellas Artes como siempre había soñado. Es difícil trabajar en un sitio como este —digo refiriéndome a la pequeña ciudad costera en la que vivo—, por lo que me planteo mudarme, pero no quiero separarme de los míos.

—Te entiendo. Yo siempre he estado con mi madre y con Kathy y me cuesta mucho separarme de ellas, creo que estoy condenado a vivir en el circo para siempre.

—¿Condenado? ¿Es que no te gusta?
—Sí, me gusta, pero tampoco he tenido otra opción, ¿sabes? He nacido en el circo, me he criado debajo de una carpa y hacer otra cosa lo veo como un sueño lejano y nada más.

—Si no fueras artista, ¿qué te gustaría ser?
—Abogado.
—¿En serio? No te pega nada.
—¿Cómo sabes que no me pega si no nos conocemos?
—Es verdad, lo siento, te estaba prejuzgando.
—Quiero ayudar al inocente, luchar contra la injusticia... ser un Robin Hood a mi modo.
—Es un pensamiento muy bonito.
—Pero no es más que un sueño, nunca podré irme de aquí.
—Ni que fuese Guantánamo.
—A veces se siente así. Nunca he podido tener una relación porque, si conocía a alguien en una ciudad, a los pocos días me tenía que ir...

—¿Y lo has hablado con tu madre?
—No, ¿para qué? Le rompería el corazón. Tengo asimilado que este es mi destino.
—El destino lo decide uno mismo, no puedes condenarte a ser infeliz toda tu vida.



Nos hemos seguido viendo cada día y mis nervios, en lugar de irse diluyendo, se han ido acentuando cuanto más lo conozco. He descubierto en él a una persona increíble, y saber que mañana será el final me pone extremadamente triste. No sé muy bien cómo ha sucedido, o quizá sí, pero en apenas una semana me he enamorado de él. Todo ha sido muy intenso. El primer día nos desnudamos metafóricamente, conocimos el alma y las inquietudes de cada uno. El segundo llegaron los primeros besos y esa sensación de estar viviendo de nuevo en la adolescencia, donde cualquier roce es capaz de ponerte los pelos de todo el cuerpo de punta. El tercero llegó el momento de desnudarnos físicamente y fue tan dulce, se paró en cada milímetro de mi piel, dijo que quería recordarme para siempre, que en sus yemas quedase la memoria de mi cuerpo. El cuarto, quinto y sexto día fue un popurrí de los anteriores. Y solo sé que no quiero que llegue mañana. No quiero que llegue la hora de siempre y no verlo. ¿Cómo puede haberme hecho sentir tanto Ángel en una sola semana si con mi ex no lloré ni el día que rompimos? El amor es una mierda. No, miento. El amor es algo maravilloso que consigue que te sientas vivo, que le da sentido a cada puto latido (perdón por los tacos, pero estoy cabreada... y triste, muy triste, no quiero despedirme de él).

Estamos bajo las sábanas de su cama, en esa caravana compartida. Abrazados, después de haber hecho el amor de la manera más lenta posible, no queremos que acabe, no queremos separarnos, y mientras me acaricia con un dedo el brazo, erizando toda mi piel, siento que este no puede ser el final, como dijo un gran sabio: «El final será feliz o no será un final».

—No quiero separarme de ti —dice en apenas un susurro.

—Yo tampoco. No sé qué me has hecho, pero sí sé que estoy enamorada de ti, que nunca me había sentido tan viva como esta semana. Llevamos demasiados años soñándonos y ahora que nos tenemos, no puede terminar así.

—Pues no permitamos que termine.

—¿Cómo?

—La próxima parada del circo es la ciudad de Burdeos. No es que sea especialista en arte, pero estoy seguro de que en Francia hay mucho trabajo para una amante del arte como tú. Podrías... —No se atreve ni a preguntármelo.

—Sí, podría, mil veces sí. No pienso separarme de ti.

—¿Y tus miedos?

—Junto a ti no tengo miedo.

—Te quiero, Maca.

—Y yo a ti, Ángel.

PRÓXIMOS TÍTULOS



SOBRE LA AUTORA

Nacida en A Coruña en el año 1992, desde muy pequeña Rocío ya tenía claro que quería dedicarse a escribir y con tan solo siete años así se lo indicó a su familia.

Desde ese momento ha participado en varios concursos de relatos quedando finalista en muchos de ellos, que fueron los originarios de sus primeros libros publicados.

En 2017, por casualidades de la vida, descubrió la autopublicación, comenzando este recorrido con un pequeño libro de prosa poética "El mundo tras tu sonrisa", a este le seguirían más, y en 2020 publicaría su primera novela "Alma de Cristal" seguida de "Voy a cuidarte", siendo así la primera bilogía romántica de la autora.

Ahora mismo está inmersa en un montón de proyectos y con ganas de tener tiempo para hacerlos realidad.